

CARTAS DE LA AUSENTE

Ariel Barchilón*

La escritura es, originariamente, el lenguaje del ausente.

SIGMUND FREUD, *El malestar de la cultura*

PERSONAJES

Elvirita: Hija de italianos: de 55 años o más, heredera de un mercadito de barrio.

Rufino: Exguapo de comité: de 40 años o más, achinado, parco, oscuro.

Buenos Aires, 1932.

El comedor de las visitas en la casa de Elvirita, en Villa Ortúzar. Recinto amplio, de techos muy altos, donde se ve una puerta de hoja doble que da a un patio con naranjos. Muebles oscuros y lustrosos, una mecedora, una victrola, una radio, un reloj de péndulo, un gran espejo y retratos de marco oscuro con antepasados adustos.

Tres puertas: una da a la calle; otra, a la cocina; y la última, que permanecerá siempre cerrada, a un dormitorio.

Al principio, un instante la escena vacía en la que se destaca la mecedora y la luz del atardecer que entra por la puerta del jardín.

Luego, la voz cantarina de Elvirita.

Elvirita (*En off*).— Venga por aquí, señor Rufino. Pase, adelante, pase. (*Elvirita entra al comedor y se detiene mirando hacia el zaguán*) No haga cumplidos, por favor, señor Rufino. Pase. Con confianza. (*Entra Rufino con una pequeña maletita en su mano. Se saca el sombrero en señal de respeto. Se lo ve muy apocado y tímido*) Deje su maleta ahí. Permítame su sombrero, por favor. (*Elvirita lo cuelga en un perchero*) Venga, quiero

* Licenciado en Letras, narrador y dramaturgo. Correo electrónico: arielbarchilon@gmail.com.

Gramma, XXVIII, 58 (2017), pp. 131-152.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

mostrarle algo. (*Se acerca a la mecedora y la mueve apenas para que se balancee*) Luli se sentaba aquí. Le gustaba sentir la luz del atardecer y cantar. (*Pausa*) ¡Qué pena que usted nunca la haya escuchado!

Rufino.— Ella me contó en algunas cartas que cantaba. Claro... no es lo mismo...

Elvirita.— No. Qué pena. (*Pausa*) No tenía buena voz, pero ponía tanto sentimiento.

Rufino.— Ajá.

Elvirita.— ¿Qué le ofrezco? ¿Café, té, algo fresco?

Rufino.— Un vaso de agua, por favor.

Elvirita.— Debe estar cansado del viaje.

Rufino.— Un poco. (*Pausa*).

Elvirita (*Le sirve de una jarra*).— Aquí tiene. Agüita fresca.

Rufino.— Gracias. (*Bebe. Tiempo*).

Elvirita (*Repentinamente brusca*).— ¿A qué vino?

Rufino.— Bueno... (*Un poco cortado*) Ya le dije por teléfono...

Elvirita.— Disculpe, señor Rufino. No quise ser descortés. ¡Usted siempre va a ser bienvenido!

Rufino.— Gracias. (*Pausa*) La verdad que hice un viaje tan largo para a ver a Luli, y... No sé... La noticia me dejó... (*Se le humedecen los ojos. Trata de disimular*) Usted me dijo que tenía una carta de ella para mí...

Elvirita.— Ah, sí. (*Silencio*).

Rufino.— Yo sé qué es muy triste para usted.

Elvirita.— No. No es eso. (*Pausa*) Bueno, sí. La carta debe estar en su cuarto. (*Silencio*). Lo que pasa es que no puedo entrar. (*Contiene las lágrimas*) Todo me la recuerda.

Rufino.— No es necesario... Digo... Puedo entrar yo, si usted me lo permite, y sacar la carta...

Elvirita (*Cambia de tema*).— ¿Piensa quedarse mucho?

Rufino.— Unos días. No sé muy bien.

Elvirita.— Tenga cuidado. Esta ciudad se ha transformado en una Babel.

Rufino.— Esa carta es muy importante para mí.

Elvirita.— Sí, claro. Ella me habló tanto de usted. Creo que se había enamorado. Yo le decía: ¿Cómo te vas a enamorar de unas palabras escritas en un papel? Pero ella... (*Silencio, se emociona*) ¿Quiere tomar más agua?

Rufino.— Sí, gracias.

Elvirita (*Le sirve*).— Sírvase.

Rufino.— Muy amable, gracias.

Elvirita.— No volví a entrar más en su cuarto. No puedo. Es más fuerte que yo. (*Trata de reprimir la emoción*) Hacen seis meses ya.

Rufino.— Comprendo.

Elvirita (*Brusca*).— ¡La verdad que no me lo había imaginado así!

Rufino.— ¿Cómo?

Elvirita.— Pensé que usted sería más joven.

Rufino.— Ah.

Elvirita (*Le da pudor lo que dijo*).— No quise decir eso. Más... No sé... Luli hablaba de usted como... Nada... Nada...

Rufino.— ¿Podría dejarme entrar en su habitación?

Elvirita (*Silencio. Trata de no llorar*).

Rufino.— Esa carta... Es... Yo...

Elvirita.— ¡Fue todo tan horrible! (*Silencio*).

Rufino.— Nos habíamos prometido muchas cosas.

Elvirita.— ¡No, no me cuente! Es tan triste... No. Mejor no. (*Silencio*).

Rufino.— Me siento incómodo.

Elvirita.— Disculpe. No quise...

Rufino.— No, no es por usted. Esta ropa que uso no es mía. Era de un compañero de celda que falleció. Me queda chica. Me aprieta. ¿Le molesta si me saco los zapatos?

Elvirita.— No. Si le es más cómodo...

Rufino.— Gracias. (*Se sienta en una silla y comienza a sacarse los zapatos*).

Elvirita.— Disculpe, señor Rufino, pero mejor no.

Rufino.— Me duelen los pies.

Elvirita.— Comprendo, pero eso produciría... ¡No! Sería una forma de intimidad.

Rufino.— Está bien. (*Silencio. No sabe que decir. Vuelve a ponerse de pie*) Luli me contó que a usted le gustan mucho las flores.

Elvirita.— Adoro las flores. ¿Quiere ver el jardín?

Rufino.— No, gracias. Hay demasiada luz a esta hora. Me hace mal a los ojos.

Elvirita (*Impulsiva*).— ¿Quiere quedarse a cenar? (*Se arrepiente. Brusca*) ¡No! ¡Mejor no! Va a ser mejor que se vaya, Rufino...

Rufino.— Todavía no. Quiero... Permítame, por favor... Yo... Me gustaría... No es necesario que *usted* entre al dormitorio...

Elvirita.— Perdí la llave.

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— No sé; soy tan distraída. Después del entierro... perdí la llave del dormitorio. (*Señala la puerta cerrada*) No importa. Lo mismo no voy a entrar nunca más ahí.

Rufino.— ¿Habla en serio?

Elvirita (*Resplandece*).— Luli revivió con sus cartas. Ella... Pobrecita... Después del accidente pasó más de un año como muerta... Y sus cartas... (*Toma las manos de Rufino y este se siente intimidado*) ¡Gracias! ¡Gracias por lo que hizo por ella!

Rufino.— A mí también... Yo... (*Pausa*) Esperaba sus cartas con desesperación. Me

las aprendí de memoria. Usted no sabe...

Elvirita.— Me acuerdo cuando le leí su primera carta.

Rufino (*Se corta, avergonzado*).— ¿Usted leía mis cartas?

Elvirita.— Claro... Ella no podía leerlas...

Rufino.— ¿Siempre?

Elvirita.— Sí, por supuesto. Sus ojos... Ella no podía... ¿Usted no sabía? (*Pausa*). Y también le escribía las respuestas. Luli, pobrecita, perdió... El accidente fue...

Rufino.— Luli nunca me dijo que usted...

Elvirita (*Cortante*).— Era un secreto entre ella y yo. (*Silencio*) Perdone. Tal vez no debería haberle contado.

Rufino.— ¿Quiere decir que usted...?

Elvirita.— Sí. Pero no se sienta... Sus cartas eran hermosas. Luli me pedía que se las leyera una y otra vez. ¡Yo le agradezco tanto! ¡Sonreía! ¿Se da cuenta? Luli volvió a sonreír gracias a sus cartas. (*Se corta*).

Rufino (*Desconcertado va hacia el perchero donde está su sombrero pero no llega a tomarlo. No sabe qué hacer*).— ¿Podría ver una foto de ella?

Elvirita (*Se cierra*).— ¿Qué?

Rufino.— Luli nunca quiso mandarme una foto.

Elvirita (*Silencio tenso*).— No sé... (*Le caen lágrimas*) Perdóneme, Rufino. Fue una imprudencia decirle que viniera. (*Pausa*) ¿Cuánto calza usted?

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— Tengo unos zapatos que eran de Doménico. Están nuevos. Casi no alcanzó a usarlos, el pobre...

Rufino.— No cambie de tema, doña Elvirita. Ella nunca me quiso mandar fotos.

Elvirita.— Ya lo sé. A ella le daba vergüenza... Entienda...

Rufino.— ¿Entienda usted! Durante años me imaginé a Luli sin más datos que su manera de escribir. Incluso, inventé su rostro y un cuerpo a partir de la caligrafía, pero...

Elvirita (*Brusca*).— ¿Era mi caligrafía! (*Dulce, frágil*) ¡Ella no podía escribir! ¡Estaba impedida!

Rufino.— Todo fue un engaño, entonces.

Elvirita.— ¡No! ¡No piense eso! Ella me dictó cada una de las palabras. ¡Todas las palabras eran suyas! ¡Los sentimientos también! Qué hermosas eran sus cartas.

Rufino (*Tiene un pequeño ataque de tos*).

Elvirita.— ¿Se siente bien, señor Rufino?

Rufino (*Se recompone*).— Sí, sí. (*Pausa*) Estos zapatos me están matando.

Elvirita.— Espere. (*Sale*).

Rufino espera un instante y luego va hasta la habitación y gira el picaporte.

Elvirita (*Entra y lo ve tratando de abrir la puerta*).— Ya le dije que está cerrada.

Rufino.— Perdón. No quise...

Elvirita (*Silencio*).— Son número 42. ¿Le entrarán?

Rufino.— Creo que sí.

Elvirita (*Se los da*).— Han pasado muchos años, pero están impecables. Se los había comprado dos días antes del accidente. Para su cumpleaños. Hicimos una fiesta maravillosa y él se los estrenó. Creo que fue la única vez que los usó.

Rufino (*Se los ha puesto*).— Me van bien. Muchas gracias.

Elvirita.— Puede quedárselos. Y si quiere... No sé... No se ofenda, pero Doménico tenía más o menos su cuerpo... Hay mucha ropa... Nunca me atreví a regalarla.

Rufino (*Niega con la cabeza*).— Gracias. (*Silencio*).

Elvirita.— Si quiere puedo mostrarle una foto...

Rufino.— Por favor.

Elvirita.— Pero no es lo que usted se imagina... Es... Ella no quiso que le sacáramos fotos después del accidente...

Rufino.— Muéstremela.

Elvirita (*Busca la foto y la mira*).— Se la sacamos en el cumpleaños de Doménico, dos días antes del accidente... Estaba radiante... (*Se la da*).

Rufino (*La mira, desconcertado*).— ¡Pero...! Es una nena... ¿Cuántos años...?

Elvirita.— Trece recién cumplidos. Pero era muy menudita, parece de once, ¿no?

Rufino.— Ella me dijo que tenía...

Elvirita (*Lo corta*).— Es la última foto que tengo de ella. Después... ¡Pobrecita! ¿Cómo le íbamos a sacar fotos, si estaba...?

Rufino.— ¡30 años me dijo que tenía!

Elvirita.— Yo... ¡Fue mi culpa! Yo le sugerí que se aumentara la edad.

Rufino.— Me mintieron.

Elvirita.— Una mentira piadosa. Usted no iba escribirle a una niña tan joven.

Rufino.— ¡Trece años!

Elvirita.— No, pero cuando empezó a escribirse con usted tenía casi quince y... (*Silencio*) Ahora tendría 24, pobre Luli.

Rufino.— Pero yo le escribí cosas... No sé... No sabía que era tan joven...

Elvirita.— No se preocupe. Yo le explicaba todo. Ella no conocía las cosas de la vida, comprenda... ¡Sus cartas le hacían tan bien!

Rufino.— Me siento un poco confundido. (*Tose otra vez, está un poco mareado*).

Elvirita.— Venga, venga. Siéntese aquí. (*Lo hace sentar en el sillón frente a la ventana*) Voy a traerle más agua. (*Sale*).

Rufino se queda sentado. La luz del atardecer entra por la ventana.

Elvira entra.

Elvirita.— Tome.

Rufino.— Gracias. (*Pausa*). Qué lindos se ven los naranjales.

Elvirita.— Sí, la pobre Luli no podía verlos...

Rufino.— ¿Por qué?

Elvirita.— El accidente... Sus ojos... ¡Pobrecita! (*Pausa*) ¡Me daba tanta angustia que yo pudiera ver y ella no! ¿Sabe lo que hacía? ¡Me vendaba los ojos!

Rufino.— No entiendo.

Elvirita.— Para andar por la casa me los vendaba. Quería sentir lo mismo que Luli. Me sentaba aquí con ella a escuchar y a oler. Era una manera de estar más cerca, ¿comprende? (*Se corta, pudorosa*) Perdone. No debería contarle estas cosas.

Rufino.— Ella nunca me dijo que...

Elvirita.— ¡Claro, no! Nos pareció que a usted...

Rufino.— Otra mentira piadosa.

Elvirita.— Llámelo así si quiere. Pero para Luli, usted era la persona más importante del mundo. Los años que sobrevivió fueron gracias a sus cartas.

Rufino.— Necesito saber si ella... Si ella...

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino (*Muy pudoroso*).— Si ella me...

Elvirita.— ¡Con toda el alma! Créame. Lo amaba más que a nadie en el mundo. (*Pausa*). ¿Y usted a ella?

Rufino.— Demasiado, doña Elvirita.

Elvirita.— Ya lo sé. Leí cada una de sus cartas, muchas veces.

Rufino.— ¿Pero a quién?

Elvirita.— ¿Cómo?

Rufino.— Digo... ¿A quién amaba ella?

Elvirita.— ¡A usted, por supuesto!

Rufino.— Yo también escribí muchas mentiras piadosas. (*Silencio*). Oculté muchas cosas.

Elvirita (*Desconcertada*).— Ah. Pero... Sus sentimientos... ¿Eran verdaderos?

Rufino.— Sí, claro. Si soporté todos estos años de encierro fue porque estaba...

Elvirita.— Eso es lo que cuenta, ¿no? (*Silencio*).

Se escucha un bullicio de pajaritos en el patio.

Elvirita.— Oiga cómo cantan. A Luli le hacía tan bien escucharlos. A esta hora yo la traía a esta hamaca para que escuchara los pajaritos.

Rufino.— Sí, ya sé. Me lo escribió muchas veces...

Elvirita.— A esta hora solíamos contestarle las cartas. Yo me sentaba aquí y ella me dictaba.

Rufino (*Brusco*).— Basta. No me cuente más. (*Pausa*). Disculpe; estoy muy cansado. Hace tres días que casi no duermo.

Elvirita.— Cierre los ojos, si quiere.

Rufino.— No. Mejor no.

Elvirita (*Se hace un repentino silencio*).— ¿Escucha? Es tan raro. Todos dejan de cantar al mismo tiempo. Como si se pusieran de acuerdo para irse a dormir, ¿no?

Rufino.— Sí, es muy raro. Muy raro. Sí. (*Tiempo*).

Elvirita.— ¿Y es verdad que usted sabe imitar el canto de los pájaros?

Rufino.— Me doy maña.

Elvirita.— Luli estaba tan ilusionada de que usted le enseñara a silbar...

Rufino.— Me hubiera encantado.

Elvirita.— No sabe cómo lloramos con aquella carta suya en la que nos contaba que silbaba por la ventana de su celda para atraer a algún pajarito que le hiciera compañía.

Rufino (*Silba imitando el sonido de la gaviota*).— Así canta el macho de la gaviota para atraer a su hembra. Allá en Ushuaia hay muchas gaviotas. Siempre alguna hembra se me acercaba.

Elvirita (*Fascinada*).— Silbe otra vez, por favor.

El hace otros silbidos. Ella ríe y aplaude.

Rufino (*La mira a los ojos*).— ¿Y usted?

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino.— ¿Sabe silbar?

Elvirita.— No. Soy muy torpe. Mi hermano Donato intentó enseñarme cuando éramos chicos, pero... (*Se ríe*). No... ¡Él sí que silbaba hermoso! A mí no me sale. Dicen que si no se aprende en la infancia, después ya no...

Rufino.— No. No es así. Yo le enseñé a silbar a Libertario, mi compañero de celda. ¡Y aprendió! Le llevó bastante tiempo, pero le juro que aprendió. (*Silencio incómodo*) Bueno... (*Con la intención de irse*) Creo que lo mejor es que...

Elvirita (*Ansiosa. Lo retiene*).— ¿De verdad le iba a enseñar?

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— A Luli. ¿Le iba a enseñar a silbar?

Rufino (*Acongojado*).— Sí. Claro.

Elvirita.— Ella ya no está, pero... (*Se corta*)

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— ¡Enséñeme a mí, Rufino!

Rufino (*Desconcertado*).— Bueno... Claro... Me encantaría, pero...

Elvirita.— ¡Por favor, enséñeme!

Rufino (*Niega con la cabeza*).— Lleva mucho tiempo... Y yo... Me tengo que ir.

Elvirita.— Ya sé que es raro lo que le voy a decir, pero escúcheme: le juro que, si me enseña a mí, es como si estuviera cumpliendo su promesa con Luli.

Rufino.— Usted no es Luli.

Elvirita.— Míreme. (*Sonríe*) Mire mi sonrisa. (*Él la mira sin entender*) ¿Le gusta?

Rufino.— Es muy... muy agradable.

Elvirita.— No es mi sonrisa.

Rufino.— ¿Cómo...?

Elvirita.— Es la sonrisa de ella.

Rufino.— No la interpreto, doña Elvirita.

Elvirita.— Yo también sé imitar. El canto de los pájaros, no, pero... Todos los gestos que usted ve en mí son los de Luli. ¡Todos!

Rufino (*Se levanta y le extiende la mano a Elvirita*).— Le agradezco, doña Elvirita. Va a ser mejor que me vaya yendo.

Elvirita.— ¡No! ¿Por qué?

Rufino.— Yo vine a buscar a Luli y... ella ya no está.

Elvirita.— ¡Se equivoca!

Rufino. (*No entiende*).

Elvirita.— Ella está aquí. ¿No se da cuenta? ¡Ella es más real que nosotros!

Rufino.— Gracias, por todo. (*Comienza a dirigirse al perchero donde está su sombrero*).

Elvirita (*Desesperada por retenerlo*).— ¡¿No se da cuenta que me aprendí de memoria todos sus gestos?!

Rufino.— No me confunda más, por favor.

Elvirita.— Antes de que muriera... La observaba y la imitaba. Total, ella no se daba cuenta porque no veía. Y después, cuando se dormía, yo me ponía frente al espejo y practicaba sus gestos.

Rufino.— ¿Para qué?

Elvirita.— ¿Cómo para qué? ¿No entiende? ¡Se estaba muriendo!

Rufino.— Todos nos estamos muriendo, doña Elvirita.

Elvirita (*Furiosa*).— ¡Ella me había jurado que no se iba a morir nunca!

Rufino.— No llore.

Elvirita.— ¡No cumplió! ¡Me traicionó! ¡Por eso me aprendí todos sus gestos!

Rufino.— Cálmese, doña Elvirita, por favor.

Elvirita.— Mire... (*Hace un gesto con su rostro*) ¿Lo reconoce?

Rufino.— No.

Elvirita (*Hace otro gesto*).— ¿Y este?

Rufino (*Molesto*).— ¿Usted sabe que nunca la vi! ¿Cómo voy a reconocer sus gestos?

Elvirita.— ¡Por eso mismo lo hice!

Rufino.— No la interpreto.

Elvirita.— ¡Tiene que creerme, Rufino!

Rufino.— ¿Creerle qué?

Elvirita.— Todos los gestos que usted ve en mi rostro son los de Luli. Los imité para que usted pudiera verlos. Para que ella no muriera del todo. Mire. Esta es su sonrisa (*Sonríe*).

Rufino.— Me duele que usted haga eso.

Elvirita.— ¡No! ¿Por qué? Así la mantengo viva.

Rufino.— Eso está mal.

Elvirita.— ¡No! ¿Por qué?

Rufino.— Luli está difunta, doña Elvirita. Tiene que dejarla ir.

Elvirita.— ¡Cállese! ¡Jamás voy a dejar que se muera! ¡Me sé todos sus gestos! ¡De memoria! (*Llora*).

Rufino (*Incómodo, no sabe qué hacer. Se acerca a ella como para abrazarla pero se queda tieso. Retrocede*).— Por favor, no lllore.

Elvirita (*Se recompone*).— Perdone. No debería... Pensé que usted iba a estar contento de saber que los gestos que ve en mi rostro eran los de Luli. (*Ruega*). Quédese un ratito más. Por favor.

Rufino (*Permanece tieso un instante y luego dice que sí con la cabeza*).— Como guste, doña Elvirita.

Elvirita.— Gracias. ¿Quiere tomar un licorcito? Lo hice yo misma con las naranjas del patio.

Rufino (*Acepta con un gesto de cabeza*).— Se agradece.

Elvirita sale. Rufino se queda solo, de pie, en la sala. Se lo ve incómodo, nervioso. Saca un papel muy manoseado del bolsillo. Lo mira. Lo desdobra.

Elvirita (*Entra. Trae una bandeja con una botella de licor y dos copitas*).— Bueno, aquí está el licor de naranja.

Rufino dobla rápidamente el papel y lo guarda en el bolsillo.

Elvirita (*Advirtió el movimiento*).— ¿Le pasa algo?

Rufino.— No, doña Elvirita.

Elvirita.— ¿Cuándo va a dejar de decirme “doña”? (*Sirve el licor*).

Rufino.— Es la costumbre, doña... (*Se corta*).Perdone: Elvirita.

Elvirita (*Le ofrece una copita*).— Bueno, brindemos.

Brindan. Solo bebe Elvirita. Rufino se lleva la copa a los labios, pero no la prueba.

Elvirita (*Se sienta*).— Asiento, por favor.

Rufino (*Niega con la cabeza y no se sienta*).— Gracias.

Elvirita.— ¡Póngase cómodo, hombre!

Rufino.— Estoy bien así, gracias.

Elvirita.— ¡Pero yo no!

Rufino.— Disculpe.

Elvirita.— No hay nada que disculpar. Lo que pasa es que, si usted no se sienta y se... Yo... ¡Me da un ansia verlo así parado!

Rufino.— Disculpe, pero... Prefiero no sentarme. Así estoy bien.

Elvirita.— Como guste.

Silencio incómodo. Elvirita bebe. Rufino mantiene la copa intacta en la mano.

Elvirita (*Trata de romper el hielo*).— ¿Me va a contar, al menos?

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— Qué es ese papel que escondió en el bolsillo.

Rufino.— Ah, nada. Nada, doña...

Elvirita (*Se pone de pie, ansiosa*).— ¡Deje de decirme “doña”! ¡La verdad que no lo entiendo! ¡Su actitud me acongoja! Yo me deshago en atenciones para hacerlo sentir bien y usted ni siquiera se toma el licor que le invito, no se sienta, me esconde cosas. ¿De qué tiene miedo, Rufino? ¿De qué?

Rufino.— Disculpe. Soy un bruto. No tengo modales. Le agradezco la intención, pero... Va ser mejor que me vaya yendo.

Elvirita (*Impulsiva*).— ¡No! ¡Usted no puede irse! ¡Tengo que decirle muchas cosas todavía!

Rufino.— ¿Qué cosas?

Elvirita (*Se retrae*).— No sé... Cosas sobre Luli... Ehh... Quiero hacerle algunas preguntas sobre usted.

Rufino.— ¿Sobre mí?

Elvirita.— Sí. Me gustaría que me contara algo sobre su vida.

Rufino.— Estuve veinte años preso en Ushuaia, doña Elvirita. Yo no tengo vida.

Elvirita.— ¡Ay! ¡No me lo haga todo tan difícil, por favor! (*Pausa*). Dígame, al menos, qué escondió en el bolsillo. Parece importante.

Rufino (*Silencio tenso*).— Son unos versos. (*Pausa*).

Elvirita.— ¿Los traía para Luli?

Rufino. (*Asiente con la cabeza*).

Elvirita (*Emocionada*).— ¿Los... los escribió usted?

Rufino (*Humilde*).— ¡No! ¡Ojalá! ¡A mí no me da... (*Se toca la cabeza*) para los versos!
¡No! (*Pausa. Elvirita lo interroga con los ojos*). Los escribió un compañero del penal.

Elvira- Voy a pedirle algo y no quiero que me diga que no. (*Pausa. Él le esquiva la mirada*). Léame los versos. Por favor, Rufino.

Rufino. (*Niega con la cabeza, humillado*).

Elvirita.— ¿Por qué a todo me dice que no?

Rufino. (*La mira a los ojos. Saca el papel del bolsillo y se lo da*).

Elvirita.— ¿Puedo?

Rufino. (*Asiente con la cabeza*).

Elvirita (*Los lee en silencio. Se conmueve*).— ¿Son hermosos! (*Largo silencio emocionado*).

Rufino.— ¿Puedo pedirle algo yo, ahora, doña Elvirita?

Elvirita.— Lo que quiera, pero deje de decirme “doña”, por Dios.

Rufino.— Disculpe. (*Pausa*). ¿Podría leérmelos usted a mí?

Elvirita.— Pero... (*Duda*) Sí, claro. (*Lee los versos*).

Querida Luli:
sé que esta será mi última carta
y deseo que brille como un papel de sueños
y alumbre tu soledad a fuerza de palabras.

Quiero colgar un pájaro en la sombra del naranjo
y que estos versos sean la lumbre de tu alma.
Quiero arraigarme en la sal cristalina de tus ojos
y sembrar con mi voz este esplendor que te ama.

Querida Luli:
solo tengo para vos este último aliento.
que te escribo con sangre en un papel de sueños,
que dice adiós, amor, y para siempre:
adiós.

Rufino (*Se le llenan los ojos de lágrimas*).— Tiene razón. Son lindos versos. (*Pausa*).
Los encontré escondidos en el ruedo de este pantalón. Libertario los había escondido;
nunca se los mostró a nadie. Ni siquiera a mí.

Elvirita.— ¿Y por qué no los leyó?

Rufino. (*Niega, humillado, con la cabeza. Esquiva la mirada*)

Elvirita.— ¿Por qué?

Rufino (*Humillado*).— Usted sabe, doña Elvirita.

Elvirita (*El universo se desploma sobre ella*).— ¿Pero...? ¿Entonces? ¿Cómo...? ¿Cómo escribió las cartas, Rufino?

Rufino.— Mentí. Yo no sé leer ni escribir. Las cartas me las leía y escribía Libertario.

Elvirita (*Silencio tenso. Luego, se pone laxa*).— A veces siento deseos de caer en tierra de una vez y descansar para siempre.

Rufino.— No diga eso.

Elvirita.— ¿Quién es Libertario?

Rufino.— Mi compañero de celda. El gallego Villegas. Un hombre muy bueno. Con estudios.

Elvirita.— Un asesino.

Rufino.— No. Bueno, sí. Pero... Él había matado, pero no era como yo. Ni como los otros. No. Libertario Villegas estaba en paz, ¿me interpreta? No sé cómo explicarle, doña Elvirita. Sus ojos brillaban aunque todo estuviera oscuro. Él había matado por la causa, por un mundo mejor, ¿me interpreta?

Elvirita.— No.

Rufino.— Era un rojo

Elvirita.— ¿Un qué?

Rufino.— Un anarquista.

Elvirita.— ¡Dios mío! (*Se santigua*).

Rufino.— Mire, doña Elvirita, yo no entiendo nada de política. Yo siempre fui hombre del doctor Albarracín. Cuando algún enemigo lo molestaba, el doctor me lo marcaba y yo cumplía, ¿me interpreta? Pero... Libertario era distinto.

Elvirita.— ¿Distinto? Seguro que era uno de esos que ponen bombas.

Rufino.— Sí. De esos, doña Elvirita. Pero él me enseñó... Él lo hacía porque... No sé cómo explicarle... Él lo decía con palabras difíciles, pero... Era un hombre derecho. Tenía conduta. ¿Me interpreta? Nunca traicionó a un compañero. A mí me faltan las palabras, no sé explicarme. Lo único que se me quedó grabado aquí (*se golpea la frente*) era lo que él siempre decía: (*Imita el acento gallego*) “Comprende, Rufino: nosotros trabajamos para apresurar el Gran Día”.

Elvirita (*Repite sin comprender*).— ¿“El Gran Día”?

Rufino.— ¡Sí! Siempre lo decía, doña Elvirita. (*Imita el acento gallego*) “Nosotros trabajamos para apresurar el Gran Día”. Créame, él había matado pero... para ayudar a los pobres.

Elvirita.— No creo que ninguna muerte ayude a los pobres.

Rufino.— No. Trate de interpretarme. Escuche. En España trabajó en una fábrica de conservas de pescado, ¿vivo?, donde los mejores trozos los ponían en latas muy lindas,

para los ricos, y los restos, las partes fuleras, se colocaban en envases baratos, para los pobres. ¿Sabe lo que hizo Libertario Villegas?

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino.— Convenció a los otros peones que hicieran al revés. En las latas de lujo ponían los pescados fuleros y en las baratas los mejores. (*Sonríe tímidamente*) Por supuesto que los descubrieron y los echaron. Así era él. ¿Se da cuenta? (*Sonríe*).

Largo silencio.

Elvirita.— ¡Qué silencio! Pasó un ángel.

Rufino.— Yo le debo todo al gallego Villegas. Y Luli también...

Elvirita.— ¿Luli? ¿Qué le debe Luli a ese ponebombas?

Rufino.— Fue de él la idea de que anotara mi nombre en una lista para recibir cartas.

Elvirita.— Ah.

Rufino.— Él se ofreció a leerme y escribirme las cartas. Al principio era como un pasatiempo, ¿me interpreta? Pero cuando llegó la tercera carta, yo me puse muy inquieto cuando él me la leía. Y entonces el gallego me preguntó qué me pasaba y yo le dije que no podía dormir, que transpiraba aunque hiciera mucho frío, y que no podía dejar de pensar en Luli. ¿Y sabe lo que me dijo?

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino (*Imita el acento gallego*).— “El cuerpo te envía señales, hombre”. Eso dijo.

Elvirita.— ¿Señales?

Rufino (*Imita el acento gallego*).— “Estás enamorado, pues Rufino. No le des más vueltas al asunto. Que te han agarrao de los cojones, hombre”. Y se reía. (*Ríe*). Tenía una risa... (*Se pone radiante en la evocación*). “No lo entiendo, Villegas”, le dije. “¿Qué es lo que no entiedes, criatura?”. “Diga: ¿es una enfermedad?”, le pregunté. Y él: “¿Qué?”. “Eso de las señales”, le dije. Y volvió a reírse con una carcajada que terminó en una tos horrible. Un hilito de sangre le salió por el borde de la boca, pero él no dejó de reírse. “¡Pero hombre! ¿Que nunca has oído hablar del amor?”. Me dijo. “No, Villegas”. “¡Caramba! ¡Esto sí que está bueno, hijo! ¡Pues es lo que te está pasando a til! ¡Entérate, chaval! Que estás enamoroa hasta los huesos” “¿Y cómo se cura eso?”, quise saber yo. “No me hagas reír más que voy a derramar la poca sangre que me queda en los pulmones. ¡Que no tiene cura, hijo! ¡Entérate! ¡El amor no tiene cura!”. Eso me dijo Libertario Villegas.

Silencio. Elvirita se activa.

Elvirita.— ¿Le gustaría comer algo?

Rufino.— Creo que lo mejor es que me vaya.

Elvirita (*Angustiada*).— ¡No! (*Trata de disimular*) Bueno... Quiero decir...Preparé pollo a la ciruela. Es una receta de mamá. Todos dicen que me sale mejor que a ella. (*Le da vergüenza*) Perdone.

Rufino.— No. Perdone usted.

Elvirita.— Además, compré vino blanco. (*Pausita*) Yo no tomo, pero como usted venía.

Rufino.— Le agradezco pero...

Elvirita.— No me gustaría que el pollo quedara ahí, muerto de risa...

Rufino.— Estoy muy cansado...

Elvirita.— Sí, lo entiendo... (*Pausa*) Y... (*Pausa*)

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— ¿A dónde va a ir?

Rufino.— No sé. A una pensión para caballeros, supongo.

Elvirita.— Ah.

Rufino.— Bueno... (*Le extiende la mano*) Muchas gracias, por todo doña... (*Se corrige*) ¡Perdón! Elvirita.

Elvirita.— No. Gracias a usted por la vista.

Rufino se dirige al perchero. Se pone el sombrero y toma su pequeña maletita.

Rufino (*Recuerda algo*).— ¡Ah, qué chambón! Me olvidaba.

Con mucha timidez, le da una paquetito.

Elvirita (*Lo toma*).— ¿Qué es?

Rufino.— Era una regalo para Luli. Hace años que lo conseguí y lo guardé para ella. Me hacía bien pensar en la cara que pondría al recibirlo.

Elvirita.— ¿Y por qué...?

Rufino.— Ábralo, por favor.

Elvirita (*Desenvuelve el paquetito. Sonríe*).— ¡Es agua florida! (*Abre la tapita. Huele*) ¡Hummmm! ¡Qué rico! A Luli le hubiera encantado. (*Vuelve a tapar el perfume y se lo devuelve*).

Rufino.— ¡No! ¡Quédeselo! Es para usted.

Elvirita.— No corresponde.

Rufino.— ¡Por favor!

Elvirita.— Pero... Era un regalo para...

Rufino.— Me daría tristeza irme con el regalo... Por favor...

Elvirita (*Sonríe*).— Está bien. Muchas gracias. ¿Puedo probármelo?

Rufino.— Es suyo.

Elvirita (*Se pone unas gotitas de perfume en el cuello y detrás de las orejas*).— Humm, creo que combina bien con mi piel. (*Se acerca a él*) Huela, a ver qué le parece.

Rufino retrocede, perturbado.

Elvirita.— Disculpe, no me malinterprete... (*Silencio incómodo. Trata de explicarse y es peor*) Hay perfumes que combinan bien y otros mal. Según las pieles, ¿vivo? (*Ella se huele la mano donde se había puesto unas gotitas*) Una no puede darse cuenta sola si queda bien porque está acostumbrada a su propio olor... Por eso... (*Se corta*) ¡Perdone!

Rufino está ensimismado, mira la hamaca de Luli.

Elvirita.— ¡Qué torpe! ¡Discúlpeme! (*Pausa*) ¿Sabe una cosa? (*Pausa. Él la mira, sin contestar*) Luli también le dejó un regalo.

Rufino.— ¿La carta?

Elvirita.— No. (*Se saca un anillo del dedo y se lo da*) Era de ella. Me pidió que se lo diera como recuerdo. (*Le extiende la mano con el anillo*).

Rufino.— (*Lo mira emocionado. No lo agarra*).— Disculpe... No... No puedo aceptarlo.

Elvirita.— ¿Por qué?

Rufino.— Es demasiado valioso. (*Muy perturbado*) Mejor, no.

Elvirita (*Sus ojos se llenan de sombras*).— Rechazar un regalo es desprecio.

Rufino.— ¡No! ¡No! No lo desprecio, no. Al contrario: es de oro, vale mucho.

Elvirita.— No es de oro. Parece. Es de fantasía. Tómelo. (*Pausa. Rufino lo toma, acongojado*) Luli soñó con usted antes de morir. (*Pausa*) Se quedó dormida aquí (*señala la hamaca*), pobrecita, mientras escuchaba el canto de los pajaritos en el jardín. (*Pausa*) Estaba en una especie de desierto blanco y el sol del atardecer hacía que su cuerpo proyectara una sombra muy larga. Entonces apareció usted y sin mirarla, le pisó la sombra. Ella dice que sintió la dulzura con que usted apoyó su pie descalzo y que eso que usted hizo, pisar su sombra, significaba que se habían comprometido uno al otro para casarse. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando me lo contaba, pobre ángel.

Silencio.

Rufino.— Yo también una vez soñé que Luli entraba a mi celda y me daba una llave. Yo creí que era la llave de la puerta de mi celda e intentaba abrirla pero ella me decía

que no, que esa llave, era para otra cosa. Yo le preguntaba qué abría pero ella se quedó en silencio y no me dijo nada.

Elvirita.— Qué hermoso sueño. (*Le ofrece el anillo*).

Rufino (*Lo toma*).— Gracias.

Elvirita.— Luli se hubiera sentido feliz.

Rufino (*Intenta ponérselo en el dedo*).— Es muy chiquito para mis dedos.

Elvirita. (*Ella empieza a llorar*).

Rufino.— ¿Qué le pasa? (*Pausa*) ¿Dije algo incorrecto?

Elvirita (*Ella trata de contener las lágrimas*).— No... No... ¡Perdón! Discúlpeme un minuto. (*Sale*).

Rufino se queda solo, desconcertado. Mira el anillo, le da vueltas. Luego va hasta la hamaca donde se sentaba Luli y la mueve. De golpe, en un impulso, Rufino se decide. Toma su maletita y se dirige a la puerta de entrada. En ese momento vuelve a entrar ella con una caja.

Elvirita.— ¿Qué hace?

Rufino.— Me voy.

Elvirita.— Todavía no. ¡Por favor!

Rufino.— La estoy haciendo sufrir.

Elvirita.— Todo lo contrario. Este es el día más feliz... Es un día... ¡Quédese, se lo ruego!

Rufino.— Yo... Yo vine a buscar a... ¡Pero ya no está!

Elvirita.— Sí, está.

Rufino.— Muerta.

Elvirita.— Vive de otra manera.

Rufino.— Estoy confundido.

Elvirita.— Yo también, pero... Tenemos que pasar por esto... Después todo va a ir bien. Mire. (*Señala la caja*) Son sus cartas.

Rufino.— ¿Tantas?

Elvirita.— Están ordenadas por fecha.

Rufino.— No quiero verlas.

Elvirita.— ¿Por qué? ¿Son tan hermosas!

Rufino.— No las escribí yo.

Elvirita.— ¿Y eso qué importa? Usted le dictaba lo que quería decirle a Luli, ¿no?

Rufino.— Más o menos. Soy muy torpe con las palabras. Él ponía muchas cosas suyas, ¿comprende? Creo que Libertario también se enamoró de...

Elvirita.— ¡No importa! ¡Eso ya no importa! ¡Dejemos las cartas! Quiero pedirle algo, señor Rufino.

Rufino.— Diga, nomás.

Elvirita.— Pero prométame que no me va a decir que no.

Rufino.— Pero...

Elvirita.— Prométalo.

Rufino.— Está bien. Se lo prometo.

Rufino.— Cierre los ojos.

Rufino (*Desconcertado*).— ¡Pero, doña Elvirita!

Elvirita.— Que cierre los ojos, le digo. Tengo una sorpresa para usted.

Rufino no cierra los ojos. La mira, desconfiado.

Elvirita.— ¡Vamos, hombre! Es algo divertido. Cierre los ojos, por favor.

Rufino.— Nunca cierro los ojos. En el penal aprendí a dormir con los ojos abiertos.

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino.— En la puerta de la celda había un pequeño orificio. Siempre había un ojo ahí, vigilándome, ¿me interpreta? Cuando a uno lo vigilan tanto, se acostumbra a no cerrar los ojos.

Elvirita.— Aquí no corre peligro. ¿O desconfía de mí? (*Pausa. Rufino esquiva la mirada*) Dígame: ¿Usted piensa que puedo hacerle algo malo?

Rufino.— No, doña Elvirita.

Elvirita.— Bueno, cierre los ojos, entonces.

Rufino, los cierra, con dificultad.

Elvirita.— No haga trampa, eh. (*Va hasta la victrola y pone un disco. En el aire se escuchan los acordes de un tango. Rufino abre los ojos, desconcertado. Ella, radiante*) ¿Le gusta? (*Rufino asiente con la cabeza*) Me la compré a poco que murió Doménico. ¡Yo siempre deseé tanto tener una victrola! Pero él era muy avaro. Me tenía así. ¡Cortita! Cuando falleció, pobre de él, fui y me la compré. A Luli le encantaba. (*Pausa, escuchan el tango*) ¿No le gustaría... digo... no le gustaría sacarme a bailar?

Rufino (*Brusco*).— ¡No!

Elvirita (*Desilusionada*).— Ah, qué pena. Hace tanto que no... Por eso... Yo pensé que... (*Suspira*) ¡Ah! ¡Una tiene tantos sueños sepultados!

Rufino.— ¿Qué?

Elvirita.— Nada. Tonterías de mujer.

Rufino.— No. Diga, por favor.

Elvirita.— Mi marido fue un hombre tan aburrido. Lo único que repetía todo el tiempo era: “Hay que agachar el lomo y trabajar”. Eso era lo único que sabía hacer, ¿comprende?

Rufino.— No.

Elvirita.— Cuando nos casamos yo tenía 17 años y él 43. Yo estaba llena de sueños. Quería divertirme, bailar, conocer gente, vivir.

Rufino.— Ah.

Elvirita.— No solo usted ha estado en una prisión.

Rufino.— Soy muy torpe.

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino.— Tengo miedo de pisarla.

Elvirita.— ¿De qué habla?

Rufino.— De bailar. Si quiere... Pero va a tener que llevarme usted.

Elvirita.— ¿Lo dice en serio?

Rufino.— Y, sí.

Elvirita.— Está bien. Voy a poner el disco desde el comienzo. ¡No! ¡No! Mejor espere. Espere un segundo. (*Sale*).

Rufino se queda solo. Vuelve a tener un ataque de tos más fuerte. Cuando lo supera, va hasta donde cuelga su sombrero, se lo pone y se dirige a la puerta de salida. En ese momento entra Elvirita, vestida con un vestido blanco, radiante.

Elvirita (*Posa para él y le sonríe como Luli*).— ¿Y? ¿Qué le parece? ¿Le gusta?

Rufino (*Sombrío*).— Ella me prometió en muchas cartas que cuando yo viniera a verla se iba a poner...

Elvirita.—... un vestido de raso blanco. (*Pausita*) ¿Le gusta?

Rufino.— Es hermoso. Pero... usted no es Luli.

Elvirita.— ¡No me mortifique, por favor! Esperé este momento durante tantos años...

Rufino.— Yo también, pero yo venía a ver a Luli.

Elvirita (*Furiosa*).— ¡Deje de hacerse el ciego! ¿No se da cuenta?! ¡Yo soy Luli!

Rufino.— No. Usted es la mamá de Luli.

Elvirita.— ¡No! ¡Yo soy ella! ¡Cada uno de mis poros es Luli! ¡Cada gesto, cada latido, cada pedacito de mi piel es Luli!

Rufino.— ¿Usted lo dice por eso de los gestos que se aprendió de memoria?

Elvirita (*Aúlla, angustiado*).— ¡No! ¡Luli nunca existió!

Rufino.— Eso no es verdad.

Elvirita.— Yo inventé a Luli para parecerle más interesante, Rufino.

Rufino.— ¡Cállese! Yo conozco muy bien a Luli y no es como usted. Ella... Ella me convirtió en otro hombre.

Elvirita.— ¡Fui yo! ¡Yo soy Luli! ¡Yo!

Rufino.— No. Yo la conozco muy bien y ella no es como usted.

Elvirita.— ¡No sea necio, ¿quiere?!

Rufino.— Me sé todas sus cartas de memoria. Libertario me las leía hasta que podía repetir las palabra por palabra. ¡Usted no es Luli!

Elvirita (*Se quiebra*).— Yo sabía que esto podía pasar. (*Llora*) ¡Yo sabía! ¡Váyase!

Rufino.— ¿Cómo?

Elvirita (*Acongojada*).— Por favor... ¡Váyase!

Rufino.— Sí, va a ser mejor... Solo quería pedirle... (*Señala la foto de Luli*) ¿Puedo...? (*Pausa. Elvirita lo mira a los ojos*) ¿Puedo quedarme con la foto de Luli?

Elvirita.— Ella no es Luli.

Rufino.— ¿Y quién es?

Elvirita.— Es la hija de mi prima. Hizo la comunión hace como veinticinco años. Ya tiene cinco hijos grandes. Está gorda y canosa.

Silencio.

Rufino.— ¿Es verdad?

Elvirita.— Sí. Vive en Balvanera.

Rufino.— No. Le pregunto si... si es verdad que Luli nunca existió.

Elvirita (*Pausa. Se conmueve*).— Yo... Siempre tuve el deseo... Pero mi marido no podía, ¿entiende? ¡Me hubiera gustado tanto estar embarazada y tener hijos!

Rufino.— (*Pausa*). ¿Puedo quedarme con la foto, entonces?

Elvirita.— ¡No es Luli! ¿Para qué la quiere?

Rufino.— Para poder olvidarme de que Luli nunca existió.

Elvirita.— Cuando una ilusión se rompe, es muy difícil volver a creer...

Rufino.— ¡Quién sabe! Capaz que con el tiempo... (*Pausa*) ¿Puedo? (*Hace el gesto de que quiere tomar la foto*).

Elvirita asiente con la cabeza. Rufino toma la foto y la guarda en el bolsillo.

Elvirita.— No se vaya, Rufino.

Rufino.— Yo... ¿Para qué voy a quedarme, doña Elvirita?

Elvirita.— No quiero que piense que soy una mentirosa.

Rufino.— ¿Qué puede importarle a usted lo que piense un asesino?

Elvirita.— Usted no es un asesino para mí.

Rufino (*Vuelve a mirar la foto de Luli*).— Ella se enamoró de mí porque nunca me vio la cara.

Elvirita.— ¿Por qué dice eso? Su cara es muy agradable. Tiene ojos de buena persona.

Rufino.— Soy una asesino.

Elvirita.— No diga eso. Usted ya pagó.

Rufino.— Sosegué a muchos hombres. Y eso no es fácil de olvidar. Mire esta arruga acá, en mi frente. Es la marca.

Elvirita.— No lo entiendo.

Rufino.— El párroco del penal me dijo que a los asesinos Dios les hace una marca en la frente.

Elvirita.— Usted ha sufrido mucho, Rufino. Pero yo sé que tiene buen corazón.

Rufino.— Usted no sabe lo que es estar emborrachado con el vino de la violencia. Yo era muy joven y me perdí. Era fuerte. Arrogante. Si el doctor Albarracín me decía que había que sosegar a alguien, yo no pensaba: iba y lo hacía. ¿Me interpreta? Pero ahora soy distinto, porque... (*Se corta*).

Elvirita.— ¿Por qué?

Rufino.— Las cartas de Luli me ablandaron algo aquí... (*Se toca el corazón*).

Elvirita.— Se enamoró de ella.

Rufino.— Al principio sus cartas fueron como una luz chiquita, pero después... No sé decirlo... Villegas me lo explicaba... ¿Sabe qué me decía?

Elvirita.— ¿Qué?

Rufino.— Lo tengo grabado aquí. “¡Hombre, Rufino, que estas cartas te están comiendo las sombras de tu corazón!”.

Elvirita.— Yo también.

Rufino (*No entiende*).— ¿Qué?

Elvirita.— Que yo también me enamoré de usted, Rufino.

Rufino (*Desubicado*).— ¿Usted? Yo... Luli apenas si la nombraba... Yo nunca pensé en usted...

Elvirita (*Grita de impotencia*).— ¡Hasta cuando se lo voy a repetir! ¡Yo soy Luli! ¡Si pensaba en ella, pensaba en mí! (*Se contiene*) ¡Perdone! Déjeme explicarle, se lo ruego: cuando Donato murió quedé como colgada de un hilo. Mi pasado estaba lleno de aburrimiento y tareas domésticas y mi futuro... era... era un agujero vacío. Algo tenía que hacer, ¿comprende? Traté de aferrarme a la fe. Iba a misa todos los días, pero me sentía seca, cerrada. Hasta que un domingo, el padre Nolasco me dijo que le habían pedido voluntarias que quisieran escribirle a presos que no tenían familia. Al principio me negué. ¿Cómo iba a cartearme, *yo*, una mujer decente, con un criminal? Pero... Al volver a mi casa, puse la radio para no sentirme tan sola... En esa época yo escuchaba “Lavarás con lágrimas tus horas muertas...”. Era una novela tan triste, de esas que hacen llorar. Pero gracias a ella cambié de opinión. María, la chica de la novela, tenía un novio que había ido a la guerra, en Europa, y se escribían cartas. ¡No sabe qué consuelo eran esas cartas para ella! Y entonces, pensé... Si total, está preso y no lo voy a ver nunca... (*Pausa*). Al domingo siguiente le pedí al padre Nolasco la lista de los presos

y la dirección de los penales, y lo elegí a usted porque me gustó su nombre. Benigno Rufino. Me pareció que alguien que tuviera ese nombre no podía ser mala persona. Así empezó todo. (*Pausa*). Usted no sabe lo que significó... (*Pausa emocionada*). Que usted me escribiera me devolvió la ilusión de vivir. De golpe, el callejón sin salida que era mi vida se convirtió en una aventura. Usted no sabe con qué ansias yo esperaba sus cartas.

Rufino.— Sí, pero usted no es Luli. Me mintió.

Elvirita.— Sí, le mentí en los datos, pero le juro que mis sentimientos nunca fueron tan verdaderos. Nunca amé tanto a nadie. (*Se da cuenta de lo que dice y siente pudor*) ¡Perdón! ¡No quise decir eso!

Rufino.— ¿Y qué quiso decir?

Elvirita.— Que... Que lo que usted me escribió me ayudó a convertir mi amargo pasado en dulces recuerdos.

Rufino (*Tiempo*).— Yo también era un hombre muerto y las palabras de Luli... Bueno, sus palabras, doña Elvirita, me hicieron revivir.

Rufino tiene un ataque de tos. Saca un pañuelo y escupe en él. Luego lo dobla.

Elvirita.— ¿Se siente bien?

Rufino (*Asiente con la cabeza*).— Parece que me he engripado.

Elvirita.— ¿Fue al médico?

Rufino niega con la cabeza.

Elvirita.— Se lo ve muy pálido.

Rufino.— No se preocupe. Estoy bien. (*Pausa*). Va a ser mejor que me vaya porque, si no, voy a perder el tranvía.

Elvirita.— Hay tiempo. ¿Por qué no come algo conmigo antes de irse?

Rufino.— Le agradezco pero... (*Pausa*). Mejor me voy yendo.

Elvirita.— No me gusta cenar sola. (*Pausa*). Preparé el pollo a la ciruela para usted.

Rufino.— (*Pausa*). Me encantaría, pero...

Elvirita.— No me desprecie.

Rufino.— ¡No! ¡Yo no...! ¡Todo lo contrario, doña Elvirita! (*Tiene otro ataque de tos*).

Elvirita (*Se acerca y le toca la frente*).— ¡Vuela de fiebre! (*Él se aparta para que ella no lo siga tocando*) ¿Por qué me rechaza, Rufino?

Rufino (*Vuelve a toser. Niega con la cabeza*).— No la rechazo. Disculpe. Es por su bien.

Elvirita.— ¿Usted se piensa que soy tonta? (*Rufino tose*) ¿Se cree que no me di cuenta de lo que le pasa? (*Rufino tose*) Mi hermano Donato estuvo enfermo cinco años y yo lo cuidé hasta que falleció. No tengo miedo al contagio (*Avanza hacia él*).

Rufino (*Retrocede*).— Libertario también se enfermó y yo lo cuidé. Pero parece que no tuve tanta suerte como usted. (*Pausa. Tóse*) Antes de morir, él me pidió que le trajera ese poema a Luli. Pero se negó a leérmelo.

Elvirita.— ¿Por qué?

Rufino.— Me dijo que era algo íntimo entre él y ella. (*Pausa*) Bueno... yo ya cumplí con el mandado. Ahora tengo que irme.

Largo silencio entre los dos. Se miran.

Elvirita.— Sí, va a ser lo mejor. (*Pausa*). Vaya nomás. Y hágase ver por un médico.

Rufino (*La saluda con la cabeza*).— Gracias. (*Pausa*). Buenas noches.

Elvirita.— Buenas noches.

Rufino sale.

Elvirita queda sola, inmóvil, un instante. Luego va hasta la hamaca de Luli y se sienta. Una tenue luz de luna entra por el ventanal.

Silencio.

Rufino golpea la puerta suavemente.

Elvirita (*Se recompone*).— Adelante.

Rufino.— Con permiso.

Elvirita.— Pase.

Rufino.— Creo que el tranvía ya no pasa a esta hora. (*Se queda callado*) Estaba pensando... Si usted quiere...

Elvirita.— ¿Quiere que caliente el pollo a la ciruela?

Rufino.— No sé si debo, doña Elvirita.

Elvirita.— De postre preparé espuma de clara batida a punto nieve. Le rallé cáscara de limón y le puse una pizquita de canela. Está muy rica.

Rufino.— No quiero molestar.

Elvirita.— No es molestia. Hágame la caridad de aceptar.

Rufino.— ¿Quiere bailar?

Elvirita.— ¡Claro que quiero!

Elvirita pone el disco en victrola. Se miran. El acercamiento es tímido y torpe, pero finalmente se toman y comienzan a bailar, a bailar, a bailar, hasta que la escena se congela. La luz de luna permanece un instante, iluminándolos, y luego se extingue.

Oscuridad final.